

Cuando en el Uruguay una revista literaria publica su undécimo número, cuando efectúa un concurso de cuentos con la seriedad del que acaba de celebrar ASIR, cuando sus páginas presentan un criterio respecto a nuestras letras, cuando publica la buena literatura que le es habitual, se puede hablar de una obra cultural efectiva y es obligación del crítico por encima de las ocasionales discrepancias, señalar y recomendar sus méritos.

Creada, con el empeño quijotesco característico de estas empresas, por H. Peduzzi Escuder, M. Larnaudie de Klínger y Washington Lockhart, es al esfuerzo constante y a la inteligente dedicación de este último, que debemos la permanencia y superación de ASIR, caso extraño y alentador de revista editada en el interior del país que ha logrado imponerse en la capital y asumir un puesto representativo.

Con el ingreso de Domingo L. Bordoli en calidad de director y la colaboración permanente de Arturo S. Visca y Guido Castillo, "Asir" ha puesto el acento en su sección de narraciones, donde, junto a los escritores más significativos de entre los mayores, Francisco Espinola, Felisberto Hernández, Dionisio Trillo Pays, encontramos obras de los de la nueva generación y aún los pininos literarios de muchos otros a quienes los directores ofrecen una oportunidad, mal aprovechada por lo común.

Por el contrario, la sección de poesías es generalmente regular sino decididamente mala, insistiéndose en los desahogos extraliterarios, y la sección de Ensayos resulta invadida por lo filosófico, aunque el presente número señala una conveniente reacción.

Aneja a su sección de narraciones, Asir ha iniciado la publicación, a partir del número diez, de un Cuaderno de Notas (Imágenes de pueblo - El Mar) donde se recogen apuntes, "el documento vivo y espontáneo" en torno a un tema dado, que de propósito busca representar las vivencias comunes de los hombres de esta tierra.

Este tipo de Cuaderno de Notas responde a una de las actividades más necesarias de nuestra cultura y que mayor humildad exigen del autor: recoger las experiencias cotidianas de este mundo nuestro en constante formación y que de un modo u otro van singularizándonos y dando unidad orgánica a nuestra historia.

En la sección Ensayos, traducciones de Valery, Sartre, Shaw, Van Wyck Brooks plantean uno de los problemas graves y tan debatidos, de las relaciones del escritor con su época. A través de ellos el lector toma partido por una literatura ligada a la vida, y contra aquellos que "habían roto sus lazos orgánicos con la vida de la familia, con la comunidad, con la naturaleza y escribían con un lenguaje privado para amigos personales, sin sentir sino desprecio por las realidades fundamentales que habían dejado de sentir y que ignoraban por completo". Guido Castillo en "La literatura y nuestro tiempo" zremete sin aportar precisiones ni nombres contra lo profundo y lo discursivo de las obras modernas y aboga por el regreso a la superficialidad y el canto. El tema, apasionante, exige mayores elucidaciones y un estudio pormenorizado de que aquí carece.

Un cuento menor de Felisberto Hernández en que trata de aprehender una de estas sensaciones obsesionantes que le son tan caras y que se completa con dos fragmentos de sus libros anteriores "El caballo perdido" y "Por los tiempos de Clemente Colling", no logra representar cabalmente la perfección a que ha llegado el autor de "Las Hortensias".

Con un nuevo fragmento de

Don Juan el Zorro, Francisco Espinola nos acerca a esta nógon en las letras nacionales. Desde hace más de veinte años (el primer fragmento publicado lo fué en Cruz del Sur, 1930) viene elaborando Espinola esta obra que recoge, según han podido comprobar los amigos en las reiteradas lecturas, la experiencia humana y literaria más intensa y amplia de las letras americanas. Obra de tal alcance debe estudiarse detenidamente en su totalidad, lo que obliga nuevamente a posponer su crítica para la fecha de su aparición como libro.

Mención muy especial exige el cuento de Luis Castelli "La Golondrina", el mejor trabajo que le conocemos y que se ilumina y enriquece relacionándolo con sus anteriores, La pradera y La primavera, pu-

vela que es esperada con una ansiedad que no tiene parangón en estas páginas. Aquel mundo dual, diabólico y angélico simultáneamente, se desnuda, se simplifica para traducir esta experiencia triste y desesperanzada de la vida. El paisaje, los animales y los seres humanos, anotados, breve y certeramente, en los rasgos definidores de su melancolía, se interpenetran para armonizarse en este cuento sabiamente realizado. Una prosa simple, casi transparente, que huye de los efectismos fáciles, contribuye, con rápidos toques de color, a la emoción que depura su lectura. La reflexión final —que inútilmente se ama todo en el mundo— levanta el tono menor en que se desarrolla y le concede una imprevista trascendencia espiritual. Se podrá discrepar con ella o discutir ese camino en la literatura, pero nunca negar las calidades del cuento, su cierta autenticidad.

Finalmente hay que destacar la importancia de las notas biográfico-críticas con que la revista Asir precede los artículos que inserta en sus páginas. Doble importancia pues informan del autor ubicándolo en su actual desarrollo y al mismo tiempo lo enjuician atendiendo al criterio que en literatura propugna la revista.

Angel Rama.